

## *Contexto histórico de la obra del Dr. Simarro*

José M.<sup>a</sup> JOVER ZAMORA  
*Universidad Complutense de Madrid*

Creo que la colocación que corresponde a mis palabras en este conjunto de aportaciones monográficas al conocimiento de la persona y la obra del Dr. Simarro, deja bien claro el contenido que han previsto los organizadores para mi intervención.

Por supuesto que no me corresponde tratar del contexto histórico inmediato de nuestro personaje; es decir, de la significación del mismo en el marco de la historia de la ciencia española. Este entorno inmediato del Dr. Simarro, esta referencia directa de su obra al horizonte científico, filosófico y universitario de su tiempo está en muy buenas manos, y no seré yo quien salga de mis casillas invadiendo terrenos en que no soy competente.

No soy historiador de la ciencia. Soy historiador a secas, atraído especialmente, eso sí, y desde hace no pocos años, por ese tramo de nuestra historia que constituyó la circunstancia del Dr. Simarro; por la que, en nuestro lenguaje de historiadores especialmente atentos al campo de la sociedad y de la política, llamamos *época de la Restauración*. El hecho de que mi comunicación aparezca en los umbrales del ciclo me certifica, por otra parte, que lo que de mí se espera es una referencia a las coordenadas históricas más amplias del tema monográfico que va a ocuparnos en estas *Primeras Jornadas de Sociología e Historia de la Ciencia*.

Queda, pues, remitido a dos conferencias del ciclo, las de mis buenos amigos y colegas los profesores José Luis Peset y Pedro Laín Entralgo lo relativo al contexto inmediato del hombre de ciencia y del universitario. Yo me daría por muy satisfecho si acertara a evocar ante vosotros algún aspecto de la España que vivió el hombre Luis Simarro.

Os aseguro que la empresa es sugestiva para un historiador, porque no es fácil encontrar una figura histórica en que tan plástica y llamativamente se encuentre proyectado el clima histórico de los años en que le tocó vivir.

Creo que no sería un abuso hablar de la proyección de la España romántica sobre el Simarro de sus primeros años; de esos años en que, lo sabéis mucho mejor que yo, las impresiones de la infancia se graban a fuego para acompañarnos a lo largo de toda nuestra vida condicionando respuestas e iniciativas. La imagen del padre, con sus cuadros y con su tuberculosis, la trágica muerte de su madre, los prestigios románticos del padrino, Luis de Madrazo, la Valencia de los años sesenta, del levantamiento cantonalista del 73... Si verdaderamente hay un *homo romanticus*, si el romanticismo se define, no sólo por una revolución literaria y artística, sino también por unas formas y un estilo de vida, es difícil ponderar la cantidad de «medio romántico» asimilado por Simarro en los años de su niñez y adolescencia.

A partir de 1875, la trayectoria biográfica de Simarro seguirá manifestándose como una especie de trasunto personal, de símbolo humanizado de los derroteros seguidos por la historia y por la cultura españolas durante los años de la Restauración. 1875 es un año clave en aquella historia no sólo por la liquidación del Sexenio democrático, por el advenimiento del régimen canovista, por el comienzo de la era de la Restauración, en suma; es también, Diego Núñez lo ha ilustrado con claridad y precisión, el año que inicia la recepción oficial del Positivismo en España, a través de vehículos tan caracterizados como el Ateneo de Madrid, la *Revista Contemporánea* o la figura de Manuel de la Revilla. Pero es igualmente el año que refrenda el trasplante de Luis Simarro a Madrid, ocurrido dos años antes (1873). En 1875 se doctora, con una Memoria sobre las «Relaciones materiales entre el organismo y el medio», sobre cuyo aroma positivista no es necesario insistir.

1885: he aquí otro año clave en la historia de España y en la biografía de Simarro. Los años ochenta de la pasada centuria traen consigo, como es bien sabido, un momento de apogeo en la cultura española, una verdadera eclosión de la después llamada «Edad de Plata»; recordemos la publicación, en el promedio de la década, de *La Regenta* y de *Fortunata y Jacinta*: dos cumbres de la novela española ochocentista. Y ello en un contexto político de apertura liberal, de acercamiento a Europa incluso a través de la no siempre afortunada política exterior de los liberales del momento. Pues bien, en la biografía de Simarro encontramos la marcha a París (1880), el magisterio francés de un Jean Martin Charcot, figura mítica en la neurología ochocentista; de un Valentin Magnan, alienista de prestigio internacional.

1902, por su parte, significa un corte importante en la España de la Restauración; un corte tradicionalmente cifrado en el fin de la Regencia y en el comienzo del reinado de Alfonso XIII. En la historiografía actual, más atenta a los procesos sociales y culturales que a los escuetamente dinásticos, la efemérides cobra un sentido más profundo colocada en el contexto que le presta la salida de esa «década decisiva» que transcurre entre 1895 y 1905; años de intensa revolución intelectual y científica —de enorme significación, también, en la trayectoria del imperialismo—, como si la historia hubiera querido subrayar la importancia real, y no sólo cronológica, del paso de un siglo a otro. Pues bien, 1902 es también una fecha importante en el currículum de Simarro, que se convierte en tal año en el primer catedrático de Psicología Experimental de la Universidad Española, en la sección de Naturales de su Facultad de Ciencias.

Y en fin, su muerte en 1921, en plena fermentación de una España y una Europa nuevas, cuatro años después de la revolución del 17, dos años después de la paz de París; dos años antes del corte prímorrivista a la España de la Restauración.

Puestos a integrar la obra del Dr. Simarro en su contexto histórico —que es de lo que aquí y ahora se trata—, la determinación de tal contexto no ofrece incertidumbre alguna, como acabáis de ver. El contexto histórico de la obra de Simarro es, sencillamente, la época de la Restauración considerada en su acepción más amplia: entre 1875 y 1923. Mi quehacer en este punto se reduciría a trazar un rápido esquema de la España de la Restauración, insistiendo especialmente en aquellos aspectos que hubieron de afectar más de cerca a la circunstancia histórica de un hombre concreto: el médico y científico Luis Simarro.

He pensado, sin embargo, que quizá resultara más adecuado al carácter y a la finalidad de estas *Jornadas* la presentación de algún aspecto de aquella España que nos ayudara a entender el ambiente en que la obra de Simarro hubo de desarrollarse. Y ya orientado en esta dirección, he estimado que quizá algunas consideraciones acerca del cambio de sensibilidad que se advierte en la cultura española de finales de siglo pudiera resultar interesante para tender un puente entre la historia de las mentalidades y de la sensibilidad colectiva, y el panorama de esa *medicina apasionada* de que nos habló Laín Entralgo en uno de sus libros clásicos y en el marco de la cual surge el empeño del Dr. Simarro en pro de una Psicología científica.

Creo que la maduración del talento de Simarro no es ajena a esa renovada preocupación por sondear las profundidades del alma humana, a esa nueva sensibilidad ante las miserias del pobre, del enfermo, del marginado, que no es difícil advertir en el profundo viraje

descrito por la cultura española al hilo de los años noventa y con anterioridad a la crisis del 98. Quizá resultara más preciso fijar el arranque de tal inflexión en otra fecha crítica en cuyo análisis no puedo entrar aquí: el bienio 1886-87.

Espero que disculpen el carácter, necesariamente fragmentario, de mi exposición. Por supuesto que he de prescindir aquí de toda referencia sistemática al condicionamiento histórico general que contribuye en muy amplia medida a explicar, en la España de los años noventa, el cambio de sensibilidad a que acabo de referirme. Voy, sencillamente, a describir algunas de sus manifestaciones, que quizá tengan la virtud de ayudarnos a situar los trabajos de Simarro en el horizonte social y cultural del momento de su aparición; de ayudarnos a entender la profunda preocupación por la psicología manifiesta en un hombre que, por otra parte, seguirá siendo en todo momento una cientifista cien por cien.

En las páginas que siguen voy a referirme a dos aspectos, que estimo fundamentales en el cambio de mentalidad que se opera en la España de los tres últimos lustros del siglo XIX, y más concretamente en sus élites de orientación. El primero de estos dos aspectos consiste en la atención a las capas sociales situadas extramuros de ese mundo, mesocrático y burgués que había centrado el interés de novelistas, artistas y sociólogos durante las décadas anteriores. El trabajador, el pobre, el enfermo, el marginado, pasan a ser objeto de una atención nueva; pero no sólo de una atención impasible orientada a la descripción o a la investigación científica, sino de una atención entrañable y humana anclada en la sensibilidad del observador. ¿Causas de este cambio? Su análisis escapa a las dimensiones de esta lección. Entre ellas cabe señalar la creciente presencia de las clases trabajadoras en la vida de la ciudad; la publicación de la *Información oral y escrita...* de la Comisión de Reformas Sociales —y en particular del tomo relativo a Madrid—, que da a conocer las condiciones de vida de las capas inferiores de la sociedad con un realismo y una riqueza de pormenores inauditos; la obra de determinados médicos-sociólogos que sienten la necesidad de poner remedio a determinadas lacras de la vida urbana... Y desde un plano distinto, pero convergente en el efecto apuntado, la recepción y el conocimiento de la literatura rusa a partir de las lecciones de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid, en abril de 1887. A ello me voy a referir en seguida.

En cuanto al segundo de los dos aspectos señalados, de fisonomía no menos compleja que el que antecede, cabría definirlo como una irrupción de componentes emocionales y afectivos en la percepción de la realidad; mejor, como una búsqueda de tales componentes en la realidad observada. Aquí, la tendencia, bien visible en la novela es-

pañola de los años noventa, a desentenderse un tanto de la fiel reproducción, más o menos crítica, de un retablo social, para adentrarse en las profundidades psicológicas y morales del alma humana; orientación a la que, como es bien sabido, no era ajena la lección aportada por esa gran literatura rusa a que acabo de aludir. Aquí, también, la difusión de un pesimismo de compleja etiología, pero que refuerza la impresión de que la cultura española ha cambiado de talante al atravesar la frontera terminal —entre 1886 y 1887— de la que Vicens llamara época dorada de la Restauración.

Comencemos por el primero de los dos grandes aspectos que quedan apuntados: la súbita orientación de la literatura y el arte españoles, a partir de c. 1887, hacia los grupos desheredados y marginados de la sociedad.

No es que la espléndida promoción de novelistas que había venido dando razón, a través de las últimas décadas, de los ideales y de las formas de vida de las clases medias se hubiera atendido a una naturalismo ortodoxo; la verdad es que tanto los Pereda como los Galdós, Pardo Bazán como *Clarín*, Coloma o Palacio Valdés, habían tomado del naturalismo —de su filiación positivista— determinados aspectos parciales, formales incluso, sin abdicar de unas ideologías que en sustancia eran, o tradicionalistas o krausistas: idealismo, tradicionalismo y positivismo aparecen, en efecto, mezclados en proporciones diversas en la gran literatura española de los años setenta y de los ochenta del siglo XIX.

Pero sabemos de antemano que, con los ingredientes consignados, no hay bastante para alinear la patética cultura española «fin de siglo». Una nueva sensibilidad, por supuesto; y al rastrear los orígenes de esta nueva sensibilidad, es imposible no parar la atención en el momento —abril de 1887— en que Emilia Pardo Bazán revela a la *intelligentsia* española la existencia de otra vía, más directa y profunda que la aportada por el positivismo, para el conocimiento de la realidad humana. Me estoy refiriendo a las lecturas llevadas a cabo en el Ateneo de Madrid acerca de *La revolución y la novela en Rusia*, en un ambiente que ha evocado con enorme plasticidad Carmen Bravo Villasante. Escuchemos a doña Emilia: «La idea de escribir algo acerca de Rusia, su novela y su estado social, cosas que guardan íntima relación, me ocurrió durante mis invernadas en París, al notar la fama y éxito que logran en la capital del mundo latino los autores y especialmente los novelistas rusos. Recuerdo que fue en marzo de 1885 cuando cayó en mis manos una novela rusa, que me produjo impresión muy honda; *Crimen y castigo*, de Dostoyewski (...) Al invierno siguiente no tuve labor de más prisa que internarme en la región nueva». La buena noticia que la autora de *La cuestión palpitante* trae de París a los oyentes del

Ateneo madrileño en 1887 consiste en el descubrimiento, en la experiencia de que hay «otro naturalismo» más veraz y realista que el de Zola, más profundo en su indagación de la condición humana. Los «tremendos análisis psicológicos» calan más hondo que cualquier determinismo genérico de tipo biológico, revelando parcelas de la realidad no soñadas por el positivismo; la aproximación al hombre surge de una entrañable compasión de raíz cristiana, no del frío designio de observar y fijar unos hechos; el pobre, el viejo, el marginado, el hombre humillado y ofendido sumido en su propia realidad, resulta ser, no un desecho de la Humanidad en su marcha ascendente hacia el Progreso, sino un trasunto de Cristo: por un momento, el centro de la Creación.

Llegados a este punto, conviene ponerse en guardia frente a la tentación de sobrevalorar el papel desempeñado por *La revolución y la novela en Rusia* y aun por su autora en la que pudiéramos llamar «recepción de una nueva sensibilidad social y humana» en el marco de la cultura española. Ni se puede olvidar el antecedente de ese *romanticismo social* estudiado por Roger Picard —que, por lo demás, no es exclusivo de Francia como bien saben ustedes—, ni se puede eludir la evidencia de que sólo cuando hay una previa disposición en el cuerpo social logra plena eficacia la tarea de los precursores. La fortuna de la novela rusa en Occidente hacia los años ochenta no es exclusivamente un problema de «influencias»; es, fundamentalmente, un problema de sintonía.

En la vecina Francia, el profesor Yves Lequin ha apreciado una correlación entre situaciones económicamente críticas y avance de las tendencias filantrópicas. En los felices cincuenta y sesenta, antes de la represión de la *Commune* y de la Gran Depresión, «la protesta popular se apacigua», porque «los estómagos están menos vacíos» y «una hábil mezcla de concesiones y represión desarma las conciencias»: un cuarto de siglo durante el cual parecen retornar «la abundancia y el progreso para todos». «Habrá que esperar a que la máquina se desequilibre de nuevo alrededor de 1880 —continúa Lequin— para que surja por segunda vez la mala conciencia y suscite la filantropía reformista». En España, los buenos tiempos —la «fiebre del oro» de Vicens— habían durado hasta la crisis del 86, y la verdad es que apenas cuatro años después vamos a encontrar en la cultura española sólidos indicios de que esa atención misericorde al desvalido, esa compasión hacia el que sufre y trabaja en la miseria, estaba en condiciones de acoger, en la sensibilidad colectiva de las clases medias y de parte de la burguesía, el mensaje de la otra Europa recién transmitido por Emilia Pardo Bazán. A partir de una espléndida tesis doctoras de Carmen Enseñat Kufmueller (1959) sobre la pintura de tema social en la España de la Restauración, resulta

fuera de toda duda que *es en este sector de las artes donde la tendencia filantrópica apuntada va a resonar con más insistencia*. Son de notar las precisiones cronológicas establecidas por el maestro Lafuente Ferrari acerca de la manifestación en la pintura española de la nueva sensibilidad. Siguiendo en este punto a Beruete, el historiador recién citado nos recuerda el papel revulsivo que en la inspiración de nuestros artistas ejerció la experiencia vivida en la Exposición de París de 1889. Los pintores españoles conparecen todavía en ella con su grandes lienzos de Historia, manifestación de un nacionalismo oficial muy ligado con el culto mayestático del Estado y de la Administración, propio de las etapas «moderadas», doctrinarias y conservadoras de nuestra historia. Comparecen con sus lienzos de Historia y se encuentran «oscurecidos y arrinconados», porque tal género había agotado a la sazón y con exceso sus posibilidades, «aun en los certámenes más saturados de oficialidad y academicismo». Continúa Lafuente: «Y entonces, con cierta brusquedad que puede registrarse en las Exposiciones, único observatorio de fenómenos artísticos colectivos de alguna importancia en España, la pintura se arroja en brazos de una tendencia realista y prosaica, de escena cotidiana, o de imágenes de la vida de estratos inferiores de la escala social, tratadas muchas veces con un sentimentalismo lacrimoso y ñoño o con una fría objetividad de cámara fotográfica». Y es así como «hacia 1890 los pintores españoles se entregan a la pintura de asunto cotidiano y vulgar, a la anécdota social». «Anécdota sentimental o social, anécdota galdosiana —concluye Lafuente—: para traducir esta corriente artística a su correlato literario contemporáneo, Galdós en el mejor de los casos; Luis de Val, en el peor y más corriente» (*Historia de la pintura*,..., pág. 509). Ya vemos que el gran historiador de nuestra pintura contemporánea se siente más impresionado por la discutible estética del género que por su indiscutible valor como expresión de un sustrato ideológico y de una sensibilidad social; pero ello no quita quilates al valor de su análisis; más bien se los añade. Una última e interesante precisión de Lafuente: este *revival* hispánico de un tema con aroma romántico o *quarantuitard* no responde a una inducción inmediata de la moda europea. Porque era «tardía conversión» a la pintura social sobreviene cuando «en Europa se dibuja firmemente un giro hacia la pintura de significación espiritualista, ya que esta fecha [es decir, 1890] se suele señalar como representativa de lo que llama Focillon un *renacimiento idealista*», significado por hombres de nacionalidades y tendencias tan diversas como Puvis de Chavannes, Carrière, Fritz von Uhde, Hodler».

En efecto, basta revisar el magnífico, casi exhaustivo —en cuanto a sus manifestaciones principales se refiere— repertorio de Enseñat

Kufmueller para sentirse impresionado ante este vuelco de la sensibilidad artística hacia temas y ambientes de dolor y miseria, de marginación social. Convendría aducir aquí algunos títulos y, sobre todo, evocar algunas imágenes. Vayan como ejemplos, el cuadro de Bordiguon, *La madre enferma*, de 1887, un precursor que expresa con enorme patetismo las características del género; *Huérfanos*, de Cabrera Canto, y *Tienda-Asilo*, de Silvela, los dos de 1890; *El nido de la miseria*, de Romañach (1891); *El mendigo*, de Tusquets (1894); *Trata de blancas*, de Sorolla (1897); *Pobres... y enfermos*, de Manaños (1904)... y tantos otros como quedan entre los indicados, seleccionados un poco al azar para jalonar una trayectoria. La sintonía con el mensaje dostoyewskiano es evidente; *estamos en presencia de una sensibilidad nueva, más atenta a la compasión que a la esperanza en un progreso indefectible*, último sustrato animador, desde el positivismo y la fe en la ciencia, de la estética del naturalismo. En esta encrucijada de los años noventa entre la fe en la ciencia y los signos de crisis del positivismo, siempre he encontrado un enorme valor de símbolo en el gran cuadro del joven Pablo Ruiz Picasso, *Ciencia y Caridad*, presentado a la Exposición Nacional de 1897 en la que logrará mención honorífica. Gran cuadro también por sus dimensiones (2 × 2,5 metros escasos); también por su inescusable testimonio de una reflexión socialmente compartida: la insuficiencia del saber científico —representado por el médico— ante el enigma de la enfermedad y del dolor humanos.

Pero hay algo, en esta aurora de una sensibilidad nueva, que viene a certificarnos precisamente su novedad; es decir, que no estamos ante un simple *revival* romántico como el representado contemporáneamente —¡qué certera la irónica reminiscencia de Lafuente!— por la «novela por entregas» de un Luis de Val (n. Valencia, 1867). Se trata de la referencia, frecuente en esta pintura española «fin de siglo», no ya a un «tema social» más o menos impregnado de compasión o filantropía, sino a la ya llamada «cuestión social» por antonomasia. Se diría que todo ese mundo proletario revelado por la encuesta de Reformas Sociales, legalizado en su organización por la Ley de Asociaciones, movilizado en las manifestaciones y en las huelgas de mayo de 1890, ha irrumpido en la pintura española con la obra de Vicente Cutanda, nacido en Madrid en 1850, tercera medalla en la Exposición madrileña del 87, primera medalla en la del 92 con una obra definitiva: *Huelga de mineros en Vizcaya*. Al mismo año corresponde otra obra de Cutanda, *Una huelga en los Altos Hornos* y el cuadro de Juan Comba plasmando la muchedumbre protagonista de *La huelga de los mineros en Bilbao*. También aquí sería fácil jalonar, con numerosas obras y no pocos autores, el camino que discurre, sin solución de continuidad, desde *La caída*



*del andamio* (Jiménez Aranda, 1890) o *Sin labor* (Francisco Maura, 1890), hasta la famosa *Carga* de Ramón Casas (1903); en los tres lustros intermedios quedarían, no sólo la obra de Cutanda —el más significativo pintor del género— con cuadros como *Sobre el campo de batalla* (1894), *Epílogo* (1895) o *Durante el descanso* (1897), sino también un conjunto de testimonios tales como *Aún dicen que el pescado es caro*, de Sorolla (1895) o *La visita del contratista*, de Manuel Angel (1897).

Si hubiésemos de rastrear en la literatura española «fin de siglo» estos dos temas —dos temas distintos, por más que a veces se confundan: el de la sensibilidad ante el sufrimiento humano, y el del despertar del proletariado—; si hubiéramos de seguir el rastro de estos temas tan estrechamente emparentados, haríamos bien en aceptar, ante todo, la sugerencia de Lafuente Ferrari: Galdós y Luis de Val. Galdós por su personalidad egregia, por su tenaz y nunca desmentida demofilia, por esa apertura a un protagonismo del proletariado que manifiestan sus últimos *Episodios Nacionales* y que ha subrayado Hinterhauser. Luis de Val por la enorme capacidad de difusión, de socialización de la «nueva sensibilidad», que hubo de corresponder al aflujo torrencial de sus novelas, muy leídas entre las bajas clases medias por los años de que estamos ocupándonos. Ahora bien, en cuanto se refiere a la irrupción del proletariado como portador de una nueva mentalidad, como soporte de unas nuevas ideologías, es evidente que el principal papel corresponde al valenciano Vicente Blasco Ibáñez (*La barraca*, 1898; *La bodega*, 1905).

En el marco de este ancho y difuso contexto quizá haya pocos testimonios tan significativos de un brusco viraje en la sensibilidad colectiva como aquellos que brotan, inesperada y esporádicamente, en terrenos no abonados. Es el caso del capítulo XIII de una novela de Armando Palacio Valdés, redactada en 1890 y cuya acción se sitúa siete años antes, es decir, en 1884: me refiero a *La Espuma* y al capítulo que lleva por título «Viaje a Riosa». No faltan, en la obra del escritor asturiano, testimonios de simpatía hacia el desheredado y hacia las clases populares. Pero nada semejante, en todo el amplio conjunto de su obra, a esta patética denuncia de las condiciones de vida del minero, de la explotación de que es objeto; del contraste insalvable entre los intereses de un sórdido e inmoral capitalista —el duque de Requena— y el acceso de los mineros de Riosa a unas condiciones de vida escuetamente humanas. La denuncia aparece puesta en boca de un joven y honesto médico —el médico de las minas— con el cual aparece identificado el narrador. Este conjunto de páginas palaciovaldesianas de 1890, de inconfundible aroma socialista, merecen ser destacadas precisamente por lo que tienen de testimonio explícito y sin precedentes en la biografía de un escritor

honesto consigo mismo, creyente pero crítico frente al clericalismo social, crítico frente al krausismo, crítico feroz frente al positivismo, incardinado en una mentalidad tradicional, resueltamente apolítico; pero que dejó escritas en el capítulo de referencia las páginas más rotundas de su obra en lo que se refiere a la motivación racional y ética de un compromiso social. Insisto en que se trata, salvo descuido por mi parte, de algo insólito en el conjunto de su obra. Pero ello mismo nos muestra la insoslayable gravitación de un clima social, de una sensibilidad social, sobre un escritor dotado de una receptividad presta.

¿Cómo no recordar aquí el impresionante lienzo de Julio Romero de Torres, *Conciencia tranquila* (1899), que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Asturias? ¿O las pinturas de Benedito y Chicharro (1900), dedicadas, en una coincidencia cronológica y temática, a *La familia del anarquista*? Y tantos otros, y tantas otras páginas, y tantas otras muestras de una nueva sensibilidad instalada en la conciencia de la sociedad española, especialmente en una *intelligentsia* de procedencia pequeño-burguesa. Para esta sensibilidad no será baladí el golpe seco, fulminante, del 98: el Desastre. Profunda conmoción, por supuesto, para una conciencia nacional cuyos reflejos habían sido activados por ese otro componente de la España «fin de siglo» que es el conflicto exterior que no para: el temor por las Carolinas (1885), por Melilla, por las Filipinas, por Cuba, por Puerto Rico; e incluso, cuando todavía no se ha consumado el Desastre, por las Canarias y por las Baleares, por la vulnerabilidad de las costas y los puertos españoles frente a los cañones de la escuadra oriental de los Estados Unidos. Pero cuando el Desastre exterior se cierra en catástrofe consumada, cuando se reflexiona sobre las imprevisiones y los egoísmos, sobre los heroísmos y los sacrificios; cuando se disciernen fríamente, porque ya dejaron de oírse, las palabras de la retórica huera y las palabras de la razón y el patriotismo; cuando los *repatriados* vienen a ser, con su elocuente estampa, un llamamiento mudo a la compasión, un tácito grito de denuncia plantado en cada calle, en cada camino, en cada aldea, *lo que irrumpe en la superficie de la sociedad española es una crisis moral cuya fuerza revulsiva viene a potenciar unos reflejos sociales puestos en funcionamiento diez, doce años antes*. Pienso que no es exagerado decir que, si el episodio valdesiano de las minas de Riosa, o el viraje experimentado por la pintura española en aquellos mismos años, pueden ser señalados como indicios del advenimiento de una sensibilidad social que ha descubierto la situación de miseria e injusticia latentes bajo el imperio del «orden y progreso» preconizados por nuestra primera generación positivista, la actitud de los llamados «jóvenes del 98» no hará sino llevar a sus últimas

consecuencias, si bien de manera circunstancial, lo que ya estaba implícito ética e ideológicamente en aquellas actitudes de 1890. Pérez de la Dehesa, Blanco Aguinaga, Inman Fox, y tantos otros después de estos tres grandes precursores, han esbozado el horizonte histórico de aquella promoción de jóvenes intelectuales —Unamuno, Maeztu, Azorín, el mismo Baroja— que más adelante —y hasta las investigaciones de los tres críticos que han sido mencionados— quedarán confundidos bajo la informe y heterogénea rúbrica de «generación del 98»; pero que «en su juventud, durante los años clave que van de 1890 a 1905, en momentos no del todo coincidentes» —la precisión cronológica es del mismo Blanco Aguinaga— asumieron posiciones radicales que van del socialismo de Unamuno o Maeztu, al anarquismo de un José Martínez Ruiz —que todavía no es Azorín— o de un Vicente Medina.

Cuanto ha quedado esbozado acerca del advenimiento de una nueva sensibilidad como característica de la España de finales de siglo, tiene, por supuesto, una ineludible línea de referencia: *la trayectoria descrita por el positivismo durante los mismos años* en nuestra patria. Hasta hace poco carecíamos de un conocimiento sistemático de este proceso intelectual; hoy, gracias a la obra fundamental de Diego Núñez (*La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, 1975) y a los trabajos, entre otros, de José Luis Peset, Mariano Peset y Alfonso Ortí, nuestro conocimiento del positivismo español no desdice junto al que la historiografía española ha logrado alcanzar de su antecesor en el tiempo y en la dialéctica de las concepciones filosóficas, el krausismo.

En la divisoria marcada por 1890 no nos extrañará encontrar, testimoniando con enorme fuerza expresiva el giro de los tiempos, a la misma Pardo Bazán. «Puede afirmarse —escribe Nelly Clemessy en su espléndida monografía sobre la novelista gallega— que *Una cristiana-La prueba*, publicada en 1890, marca para la novelista el comienzo de una segunda fase creadora, que se sitúa precisamente en el momento en que Zola y el naturalismo encarnado en él (a los ojos de numerosos lectores) habían perdido una gran parte del favor de que gozaban algunos años antes en una fracción de los medios intelectuales españoles. Ya sabemos que Emilia Pardo Bazán fue uno de los primeros escritores que decretó la decadencia del movimiento naturalista» (*Emilia Pardo Bazán romancière*, I, p. 307). En realidad, la referencia que acabo de transcribir resulta fría y pobre de expresión; para advertir el cambio de horizonte histórico-cultural que media entre las «dos épocas» de doña Emilia, por encima de todo formalismo o de cualquier filiación de escuela, es preciso —y también suficiente— leer la doble novela mencionada (*Una cristiana-La prueba*) inmediatamente después de *La madre naturaleza*

(1887) o *Insolación* (1889): apreciaremos la existencia de una frontera que no sería difícil encontrar contemporáneamente marcando el advenimiento de una nueva etapa en el quehacer novelístico de la mayor parte de los escritores que antaño sintieran, más o menos castiza u ortodoxamente, la influencia del naturalismo. Anotemos la fidelidad naturalista de un Vicente Blasco Ibáñez, que se acendrará a partir del 98. Pero quizá lo más característico y novedoso de las letras españolas en los años noventa sean los signos de crisis en la aceptación del tándem positivismo-naturalismo como «la cuestión palpitante», como la fórmula del progreso en cuanto se refiere al arte de dar razón de la realidad humana y de la realidad social. En estos años, la denuncia de la insuficiencia del saber científico, de la observación y de la experimentación, del conocimiento escuetamente intelectual, para dar razón de la existencia humana y para orientar su actividad, viene inducida desde muchas procedencias. Por una parte, se da entre nosotros un resurgir cristiano, quizá no muy lejano del impropriamente llamado «jansenismo» del tiempo de la Ilustración, más atento a las esencias evangélicas —fe, caridad— que a la controversia ideocrática o a la polémica acerca de la compatibilidad o antagonismo entre «ciencia» y «fe». No entro en los valores literarios de otra novela de Palacio Valdés, *La fe*, publicada dos años después que *La Espuma*, es decir, en 1892; pero si un historiador tiene voto en la materia, no dejaré de calificarla de gran novela por el conocimiento de situación y la riqueza de matices con que expone un problema rigurosamente contemporáneo: el sentimiento de insatisfacción ante la concepción científica del mundo aportada por el positivismo y orientada a la sazón hacia un materialismo integral.

Por otra parte, sería necesario puntear toda la década, antes y después del 98, con la cadena de noticias, influencias y traducciones que dan entrada en la cultura española a la profunda inflexión irracionalista, vitalista, que acaba de describir por entonces la cultura europea bajo el signo de un protagonismo, no ya latino, sino nórdico. Bien lo advirtió Joan Maragall cuando escribe en 1893, a un amigo residente en Filipinas, unas palabras recomendándole seguir, en la medida de lo posible, el movimiento literario europeo: «no fos cas que al tornar de creguëssis que encara Zola és l'amo de tot. No, fill, no: Ibsen, Tolstoi, Maeterlinck, Nietzsche. 'Et c'est toujours du Nord —qui nous vient la lumière'» —concluye, citando en francés, Maragall (Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, p. 37). En esta renovación, que no es sólo literaria, cupo, en efecto, un papel de avanzada a Cataluña. Imposible silenciar en este punto las palabras que Vicens dedicara a la generación catalana de 1892. Con ella, con la revolución de los espíritus por ella suscitada,

entraron en Cataluña el impresionismo, la música de Wagner, los dramas de Ibsen, la filosofía de Nietzsche, la estética modernista, el deseo de teléfonos y de buenas carreteras, la necesidad de museos y de universidades, el ambiente de París, de Londres y de Berlín, una ciencia llamada economía que empleaba la estadística, el deseo de ser sinceros y reales, de encontrarse a sí mismos (retrobar-se) en la polémica tolerante que impulsa por los caminos del progreso...

(*Els catalans...*, p. 295.)

Pero el tema no es sólo catalán, ni se circunscribe a las líneas de influencia enumeradas. No es sólo catalán; es todo un aspecto de la cultura española fin de siglo —el de las influencias de los novelistas rusos, de los dramaturgos escandinavos, de Nietzsche— que ha contado y cuenta, como es sabido con excelentes investigadores, desde Portnoff y Gregersen hasta Gonzalo Sobejano. Ni la referencia a estas tres líneas de influencia agota los fermentos de novedad aportados por la evolución de la cultura europea a la cultura española en esta década. La influencia de Schopenhauer y de su actitud filosófica reviste en este punto especial interés, por cuanto nos pone en contacto con un *pesimismo* que, si por una parte se relaciona estrechamente con la orientación global al irracionalismo que manifiesta la cultura europea en el ocaso del XIX, por otra deja de ser uno de los componentes tradicionales, casi tópicos, de la España del 98. En realidad —como en el caso de la sintonía operada en Cataluña entre la recepción del wagnerismo y la euforia europeísta y nacionalista de finales de siglo— puede hablarse, más que de un influjo, de una convergencia entre la filosofía del pensador alemán y cierta situación de la conciencia nacional española que aparece tenazmente orientada al pesimismo desde bastantes años antes del Desastre. Es fácil encontrar una réplica directa a las ideas del filósofo de Danzig a través de la literatura peninsular de la época: recuérdese *La ciudad y las sierras*, del portugués Eça de Queirós (1901), o *Tristán o el pesimismo*, de Palacio Valdés (1906). Pero es hartó más fácil detectar en la conciencia nacional de españoles y portugueses un pesimismo que se inicia en torno a los acontecimientos de 1870, que se intensifica a comienzos de la década de los noventa y que acabará clamando, antes y después del 98, no por una «reforma» ni por un «progreso»; sino por una «regeneración» de nuestros pueblos. Este pesimismo tiene una dimensión nacional bien conocida, directamente conectada con el giro descrito por la historia europea desde los primeros años setenta; ya Cánovas del Castillo diagnosticó, en una conferencia del Ateneo de Madrid (26 de noviembre de 1870), la irremisible decadencia de las naciones latinas, que los acontecimientos de los años noventa no harán sino confirmar drásticamente. En todo caso, es importante observar que este

pesimismo, supuesta aportación de la catástrofe del 98 a la sensibilidad colectiva de los españoles, no aguardará a la guerra con los Estados Unidos ni a la derrota subsiguiente para manifestarse en toda su descarnada realidad.

Si hubiéramos de sintetizar en una sola frase nuestro concepto del presente momento histórico con relación a España —escribe Miguel Vilialba Hervás en 1895—, diríamos que es el período de los grandes desalientos. Sufre la opinión pública mortal desmayo, apenas interrumpido por alguno que otro sacudimiento epiléptico (...) Las gentes desvían sus pasos de los comicios y sus oídos de los parlamentos (...) Esta anemia social, por una parte, y por otra esa propensión a lo arbitrario que nos consumen y degradan, se pretende explicarlas por ilusiones perdidas, por esperanzas defraudadas, por la supuesta esterilidad de pasados sacrificios, por desconfianza en la eficacia de todos los sistemas más o menos modernos...

(*Recuerdos de cinco lustros*, Madrid, 1896, pp. 2-3)

Creo que es difícil expresar más plástica y cumplidamente una situación de pesimismo nacional; precisamente la situación colectiva de ánimo sobre la que recae el Desastre. De manera que la llamada por antonomasia «literatura del Desastre» por el maestro Sánchez Alonso, no hará sino insistir y profundizar en estas motivaciones —como habían profundizado los portugueses después de la crisis del Ultimátum y los italianos tras el desastre de Adua—. Y será entonces cuando Rafael María de Labra escriba sobre *El pesimismo de última hora* (1899), y Ricardo Macías Picavea se plantee a fondo *El problema nacional* (1899), y Ramiro de Maeztu se ponga a la tarea de avizorar los derroteros *Hacia otra España* (Bilbao, 1899), y el anónimo autor de unas *Reflexiones dolorosas y provechosas* se pregunta desde la misma cabecera de su libro si *Hispania fuit* (Madrid, 1899). Damián Isern realizará una cumplida encuesta acerca *Del desastre nacional y sus causas* (Madrid, 1900); Joaquín Costa se preguntará *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe*; Luis Morote escribirá acerca de *La moral de la derrota* (Madrid, 1900 ambos); en fin, el Dr. Madrazo colocará en 1903, a la cabeza de unas *Impresiones sobre el estado actual de la sociedad española*, una pregunta que pretende llegar al fondo del pesimismo: *¿El pueblo español ha muerto?* (Santander, 1903).

Pero, en este punto, se hace necesario asumir el riesgo de la paradoja. Insistamos: ver en el Desastre del 98 el fundamento del pesimismo español «fin de siglo» equivale al desconocimiento de unos antecedentes remotos, pero sólidos (aquel lustro 1870/75, que coincide en Europa con el arranque de la Gran Depresión); y sobre todo de unos antecedentes inmediatos, que gravitan sobre el 98 sin solución de continuidad: la atmósfera de crisis vivida desde *circa* 1887.

En este contexto, la «literatura del Desastre» en su conjunto, tal y como se escalona entre 1898 y 1905 aproximadamente, no representa sólo el ápice del pesimismo; representa también que el pesimismo nacional ha *tocado fondo*. El pueblo español siempre ha sido propicio a extraer proyectos de reforma, utopías para un futuro renovado, al día siguiente de cada catástrofe nacional; y esta incitación se manifiesta cuando España parece haber llegado, realmente, a una situación límite. Un análisis del contenido de la voluminosa y diversa «literatura del Desastre» nos denotaría la presencia de un cincuenta por ciento de pesimismo, de un pesimismo que viene a culminar el propio de la década. Pero nos denotaría también la presencia de otro cincuenta por ciento de esa esperanza auroral que trae consigo el hecho de partir de cero; un fermentar de utopías y de arbitrios de regeneración: en el fondo, la actitud de apertura a unos tiempos nuevos que, en España como en Europa, parecen anunciarse en la profunda crisis del cambio de siglo. Es sabida la parte que en esta esperanza corresponde a una renovada confianza en el pueblo español, cuya «degeneración» es negada categóricamente desde las filas de un movimiento obrero que sale del Desastre con un acrecido crédito moral.

Los años noventa traen consigo, pues, una crisis del naturalismo no sólo en cuanto manera de intermediar una realidad social observada y un universo de ficción; también en cuanto inspiración y contagio de la fuerza creadora y del ímpetu rejuvenecedor latente en un paisaje determinado, en la Naturaleza. Hablar, en cambio, de «crisis del positivismo» hacia los mismos años, es algo que requeriría, a lo menos, algunas precisiones. En la medida en que el positivismo se manifiesta históricamente como una filosofía, como una concepción del mundo ligada a una determinada situación —la época dorada del ascenso del capitalismo, entre los primeros años cincuenta y los años ochenta del siglo—, es obvio que su hegemonía habrá de cuartearse cuando cambien algunos de los componentes esenciales de aquella situación: cuando la confianza exclusiva en los valores intelectuales deje paso a un auge de los valores vitales a cuyo culto impulsa el desarrollo creciente de una concepción biológica del mundo basada en el principio de la evolución; cuando la confianza exclusiva en la observación y la experimentación de hechos presentes en el espacio deje lugar a la intuición como fuente de conocimiento a través de la hazaña intelectual de Bergson; cuando la confianza exclusiva en un orden burgués identificado con el «estadio positivo» de la Humanidad deje paso a la inquietud de un movimiento obrero que contempla la historia más allá de aquel estadio, y que apresta sus armas para la lucha contra la burguesía como antaño las aprestó esta última contra los estamentos privilegiados; cuando esclavos y

germanos ensanchan el mapa cultural de Europa aportando otros componentes distintos del racionalismo vigente en Europa occidental desde la revolución intelectual del siglo XVII... Cuando sobrevenga todo esto a partir de los años ochenta del XIX, es claro que el positivismo habrá de arrojar mucho lastre por la borda —aquel seguro optimismo progresista de mediados de siglo, aquella confianza en la estabilidad de un orden social que sólo requiere consolidaciones—, y efectuar no pocos compromisos y síntesis. Ahora bien, no perdamos de vista que, por debajo de estos profundos cambios de situación, persiste el impulso ascendente de las dos grandes fuerzas históricas que, en un nivel determinado de la evolución de la sociedad europea, dieron nacimiento al positivismo: la revolución burguesa y el desarrollo de las ciencias naturales. En tanto prosigue el crecimiento de estas dos constantes de nuestra historia contemporánea occidental, el positivismo verá subvertida su simplista concepción inicial del mundo y de la historia, verá desplazarse el quicio de una visión científica del mundo desde la física a la biología; pero mantendrá su vigencia en forma de una mentalidad atenta a promover el conocimiento de la naturaleza, del hombre y de la sociedad a través de dos únicos criterios de certeza: la observación y la experimentación. Y atenta, también, a promover la consumación de una revolución burguesa —identificada con los postulados del liberalismo y de la democracia— prosiguiendo su impulso histórico allí donde todavía actúan resistencias tradicionales, y acudiendo al procedimiento racional de las «reformas sociales» allí donde sea preciso para lograr que el clamor de las clases trabajadoras no rompa la armonía del orden burgués establecido. Esta distinción entre el lastre filosófico que el positivismo ha de abandonar al acercarse el fin del siglo, y la persistencia del mismo en cuanto mentalidad encaminada a afirmar la primacía del saber científico y del orden burgués es necesaria, en el caso de España, para entender capítulos esenciales en su cultura «fin de siglo», e incluso en los complejos mecanismos que ligan, por tales años, determinados talantes y mentalidades sociales con determinadas ideologías.

\* \* \*

Con el apremio impuesto por la necesaria limitación de tiempo, hemos pasado rápida revista a algunas de las principales manifestaciones de esa *resurrección de la sensibilidad* que se aprecia en la sociedad española de los años noventa; me atrevería a decir, buscando una fecha significativa, que a partir de la crisis de 1886/87.

Esta resurrección de la sensibilidad no es identificable ni mucho menos, como algunas veces se ha hecho en apreciación demasiado somera y gruesa, con la crisis del 98: por supuesto. Y a mi manera



de ver tampoco es identificable, aunque aquí la confusión haya sido más sutil y entramada, con la marea del irracionalismo que acompaña, en el ámbito de las ideologías, el ascenso imperialista de los años noventa y de las primeras décadas del siglo xx. Este último tiene una filiación inmediata de orden biologista, darwinista y spenceriano —propicio a la euforia vital, a la exaltación de los valores vitales— que lo diferencia de las motivaciones de imagen social, procedentes de estratos sub-burgueses y marginados de la sociedad, que se aprecia claramente, junto con motivaciones espiritualistas que sería difícil discernir ahora con la necesaria precisión, en la nueva sensibilidad. Conviene, sin embargo, no perder de vista lo que hay de común en ambos movimientos ideológicos y emocionales: el desvío de la racionalidad y de la concepción estrictamente científicista de la vida aportada por el positivismo; un desvío que, en la corriente irracionalista suscitada por el imperialismo, revestirá caracteres efectivos de *asalto a la razón*.

Creo que es a esta *resurrección de la sensibilidad* que se advierte en los lustros finales del xix a lo que cabe aplicar certeramente la denominación de «neorromanticismo». Entre otras razones, por una fundamental: ¿no había sido la colocación de la sensibilidad en la cúspide de las facultades anímicas, por encima, incluso, de la razón, lo que para tantos teóricos del romanticismo constituyó la esencia de este último? Y, en efecto, se diría que en este ocaso del xix la cultura europea, también la cultura española, siente aflorar en su superficie, no un retorno, pero sí una persistencia de algo que la marea positivista y científicista de las décadas centrales del siglo había anegado.

En este clima de nueva sensibilidad se gestan y aparecen, lo sabéis mucho mejor que yo, algunas de las más características aportaciones de Luis Simarro a la psicología y a la psicología social. Por supuesto que tales aportaciones se fundamentan en el rotundo científicismo de su creador; en su radical empirismo. Pero no puedo dejar de plantearme en este punto una incógnita biográfica: en qué medida aquella intensa gravitación del Romanticismo —de unas formas de vida y unas actitudes mentales— sobre el Simarro niño y adolescente no contribuirá a motivar su dedicación a una disciplina entonces joven, la psicología, tan profundamente implicada en la avidez cognoscitiva de aquel entorno ideológico y mental.

No seré yo quien tenga la audacia de sugerir caminos en un campo que, para mí, es ya terreno ajeno. Me siento satisfecho, sin embargo, de haber podido ofrecer estas reflexiones de un historiador de la Restauración a vuestras jornadas de estudio sobre la persona y la obra de Luis Simarro, como homenaje a la figura de este gran científico español.